



NUEVAS INTERPRETACIONES DEL POPULISMO LATINOAMERICANO Y EL CASO DEL GAITANISMO EN COLOMBIA*

W. John Green

El gaitanismo, movimiento político identificado con el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, constituyó una de las más fuertes expresiones de movilización política en la Colombia del siglo XX. Renombrado abogado, congresista, ministro del despacho y alcalde de Bogotá, Gaitán lideró un movimiento de proyección nacional, unánimemente reconocido como coyuntural en la historia colectiva del país. Desde finales de los años 20 hasta su asesinato en 1948, Gaitán encarnó las esperanzas, aspiraciones y peticiones de sus seguidores, los gaitanistas. Este movimiento encaja dentro de la categoría de movilización política conocida como populismo, que floreció en las ciudades latinoamericanas entre 1930 y 1960. Las masas, dirigidas por los movimientos populistas, ingresaron a la vida política en muchas de las naciones de Latinoamérica en una escala sin precedentes.

Cualquier caracterización general del populismo en América Latina incluye un entorno urbano, una base social pluriclasista, una ideología ecléctica y ambigua con un tinte de nacionalismo y un líder carismático. Los populistas se diferenciaban de los caudillos, sus predecesores del siglo XIX, en que la mayoría de

ellos no eran militares, todos podían exigir un ascenso más representativo al poder y, muy especialmente, en que el populismo fue un fenómeno de masas mientras que el caudillismo no¹. Los movimientos populistas aparecieron a medida que las naciones latinoamericanas experimentaron la industrialización para sustituir los productos importados (a partir de 1930), dejando atrás la tradicional economía agrícola de la cual dependían hasta entonces².

En tales condiciones innovadoras la mayoría de los populistas compartían la convicción de que el gobierno debería mostrarse activamente interesado y controlar, mediante la intervención directa del Estado, los crecientes sectores de asalariados de sus naciones³. En consecuencia, los expertos han contemplado tradicionalmente al populismo latinoamericano como un medio a través del cual las élites gobernantes (o parte de ellas) continuaron dominando sus respectivas sociedades. Desde los años 60 las investigaciones sobre el populismo fueron, por lo general, vistas como estudios de liderazgo. Tales interpretaciones tendieron también a ver los movimientos populistas a través de la lente de la "teoría de la modernización"⁴.

* Traducción de Diana Silberman

¹ Sin embargo, los populistas han sido considerados constantemente como descendientes políticos de los caudillos, debido a su reputación de autoritarios y en vista de que fueron llamados comúnmente "caudillo", eso es, "líder".

² Auncuando, como afirma David Collier, el eslabón entre la industrialización y el auge del populismo es problemático. Véase David Collier, compilador, *The New Authoritarianism in Latin America*, (Princeton University Press, Princeton), 1979, pp. 371-377.

³ Véase Michael Conniff para conocer un análisis detallado y un examen de los elementos mencionados aquí y que generalmente se incluyen en la definición de populismo: "Introduction:

Toward a Comparative Definition of Populism" y Paul W. Drake, "Conclusion: Requiem for Populism?", en Michael Conniff, compilador, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, (University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982), pp. 3-30, 217-245.

⁴ En palabras de Ernesto Laclau, los teóricos de la modernización definían el populismo como "... una expresión aberrante de la asincronía en los procesos de tránsito de la sociedad tradicional a la industrial"; véase "Hacia una teoría del populismo", en *Política e ideología en la teoría marxista* (Siglo XXI, 1980), p. 177. La teoría de la modernización, en sus comienzos, aparece en Gino Germani, Torcuato di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (Ediciones Era, México, 1973).

En un ensayo pionero, el sociólogo argentino Torcuato Di Tella describió el populismo como un movimiento político que dependía del respaldo de los trabajadores urbanos -y en ocasiones de los trabajadores rurales- pero que no emanó de ningún “poder organizacional autónomo” de su parte. Aunque Di Tella reconoce “la ideología anti-*status quo*” propia del populismo y la caracteriza como la mejor oportunidad para un cambio social significativo durante este periodo, niega que las masas populares ejercieran un rol de liderazgo activo⁵. De forma similar, Gino Germani subraya dos conceptos claves: el primero es el de la “movilización”, movimiento que permitió a grupos previamente “pasivos” actuar en la vida política nacional apareciendo ocasionalmente como difusos movimientos de protesta, pero por lo general siendo conducidos a formar parte de la estructura política existente; y la “integración”, segundo concepto clave que se desprende del anterior y que se define como una movilización que reconoce la legitimidad de las instituciones y las relaciones sociales existentes⁶.

El politólogo brasileño Francisco Weffort hace una crítica más explícita al describir las relaciones entre los líderes populistas y sus seguidores. Weffort ejemplifica las tendencias de los izquierdistas -a partir de los años 60- de menospreciar a los populistas por haber fracasado en su intento de lograr reformas significativas. Los líderes populistas, argumenta, se llenaban la boca de retórica progresista cuando en realidad destruían los intereses de las masas, y, en última instancia, fortalecían la mano del capitalismo⁷. En el mejor de los casos, el impacto causado por los movimientos populistas alteró la trayectoria de las sociedades latinoamericanas pero no destruyó ni transformó significativamente los diversos sistemas económicos y políticos. En la posición consensual que emergió de estas interpretaciones se ponían de contraste los discursos radicales de estos movimientos frente al comportamiento moderado de sus proponentes, y se describía a las masas pertenecientes a los movimientos

populistas como seguidores pasivos de líderes maquiavélicos.

En una de las expresiones más suscintas de la perspectiva de las élites dominantes, Steve Stein define el populismo como “la única institución que mejor demuestra la interacción de varios elementos para el control social” en el contexto latinoamericano. Aunque admite que el populismo es quizás una forma más “benigna” de control social que otros métodos flagrantemente violentos, Stein subraya su carácter manipulativo: sugiere que el populismo es la principal razón por la cual “la acumulación de presión popular necesaria para el cambio revolucionario no haya ocurrido”. Stein describe la “dinámica central” del populismo como “lazos personalistas y particularistas existentes entre líderes poderosos y seguidores dependientes”, cuyo “impacto fundamental” consistió en canalizar la movilización popular hacia “formas para mantener un *status quo* de explotación”. Por tanto, el populismo representa una forma de cooptación y destrucción de movimientos populares “genuinos” cuyos logros son simples “concesiones simbólicas”⁸. Los estudiosos que argumentan desde esta perspectiva citan con frecuencia el desafortunado comentario del brasileño Antonio Carlos Ribeiro de Andrada, hecho en 1930: “Façamos a revolução antes que o povo a faça”.

Sin embargo, estudios más recientes sobre el populismo latinoamericano presentan una perspectiva diferente dentro del espectro interpretativo. Paul Drake se pregunta si el populismo era simplemente un sistema de la élite para “suprimir la participación de las masas” o si se trataba de un movimiento más amplio que buscaba “incluir nuevos elementos” en el juego político⁹. ¿Fue el populismo un freno a la voluntad popular, o acaso el resultado de presiones de origen popular que no se podían ignorar?

Un gran número de investigadores acepta hoy que la “cooptación” no fue la única alternativa posible frente al cambio “revolucionario”. El populismo en

⁵ Torcuato Di Tella, “Populism and Reform in Latin America” en Claudio Véliz, compilador, *Obstacles to Change in Latin America*, (Oxford, Oxford University Press, 1969). En general, Di Tella argumentó que las clases sociales no funcionaban como tales en el interior del populismo; su naturaleza de clase había sido distorsionada, por lo que los arreglos políticos resultantes no favorecieron sus intereses. Como argumenta Ernesto Laclau, Di Tella “asocia esta distorsión con la asincronía existente entre los procesos de desarrollo económico, político y social. En el caso del populismo, la revolución de las expectativas crecientes y el efecto demostración serían la causa...” Laclau, “Hacia una teoría del populismo”, pp. 153-154. No obstante, según Di Tella, se requiere otro elemento fundamental para el florecimiento del populismo: una élite que guíe la movilización distorsionada.

⁶ Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, (Buenos Aires, 1965). Para conocer una definición clásica de la movilización social dentro de una sociedad en proceso de “modernización”, véase Karl Deutsch, “Social Mobilization and Political Development”, Ekstein y Apter, com-

piladores, *Comparative Politics*, (Nueva York, 1963), pp. 582-603. Tanto en Germani como en Di Tella se encuentra una fuerte dosis de teleología: el supuesto de que la transición de una sociedad “tradicional” a una “industrial” debería haber sido natural. Pero Ernesto Laclau cuestiona los supuestos que sirven de base a la teoría “de transición” del populismo: primero, que con mayores niveles de desarrollo económico el populismo es menos factible; segundo, que después de pasar cierto umbral las sociedades industriales llegan a ser inmunes al fenómeno populista, y tercero, que las sociedades “atrasadas” avanzan hacia formas populares de protesta “moderna” y de “clase”; véase Laclau, “Hacia una teoría del populismo”.

⁷ Véase especialmente Francisco Weffort, *O populismo na política Brasileira* (Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978).

⁸ Steve Stein, *Populism in Peru: The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control* (Madison, The University of Wisconsin Press, 1980), pp. 3-15.

⁹ Paul Drake, “Conclusion: Requiem for Populism?”, p. 234.



América Latina se tradujo con frecuencia en un incremento sustancial de la participación política de las clases sociales que no pertenecían a la élite¹⁰. Drake sugiere que en Chile, así como en otros países de América Latina, “el socialismo y el populismo no fueron necesariamente fuerzas mutuamente excluyentes”. Chile es ampliamente reconocido como un país en el que la movilización masiva se caracterizó por ser de una naturaleza popular inequívoca; la izquierda organizada de Chile fue posiblemente la más fuerte del continente. Drake argumenta que los movimientos populistas en Perú, Venezuela, Brasil y Argentina imitaron en diversos grados al socialismo chileno que se asemejó, especialmente durante su etapa de formación, a otros movimientos populistas del continente¹¹. Esta observación invalida la concepción de los movimientos populistas como manifestaciones necesariamente diferentes de las movilizaciones más “populares”.

De hecho, se presentaron dos tendencias opuestas en el interior del fenómeno del populismo: podía aparecer bien como una forma de dominación social ejercida por la élite a través de una movilización controlada, o como una forma de movilización popular y de oposición a las relaciones de poder existentes. Ernesto Laclau fue uno de los primeros analistas en hacer esta observación, identificando un “populismo de las clases dominantes” y un “populismo de las clases dominadas”. De la primera dice:

Cuando el bloque dominante percibe una crisis profunda, debido a que una nueva facción busca -sin lograrlo- imponer su hegemonía en el marco de la estructura del bloque de poder, la solución al conflicto puede consistir en que dicha facción apele a las masas para que éstas desarrollen su antagonismo contra el Estado... El populismo de las clases dominantes es siempre altamente represivo porque trata de llevar a cabo un experimento que resulta más peligroso que el régimen parlamentario existente: mientras que éste simplemente neutraliza el potencial revolucionario, aquél pretende desarrollar dicho antagonismo manteniéndolo dentro de ciertos límites¹².

Para Laclau, la clave está en la ideología: concibe el populismo como un producto de “la crisis del discurso ideológico imperante que es, a su vez, parte de una crisis social más generalizada”. Este tipo de crisis se presenta generalmente como resultado de una combinación de “una fractura del bloque dominante” con una incapacidad del sistema de “neutralizar a los sectores dominados”. Acerca de estos “sectores dominados”, Laclau argumenta que su “lucha ideológica” -y por ende su populismo- implica una “expansión del antagonismo implícito en las interpelaciones democráticas y en la articulación de este antagonismo con sus propios discursos de clase”¹³.

Robert Dix también identifica, partiendo del ensayo seminal de Di Tella, dos tipos de populismo que denominan “populismo autoritario” y “populismo democrático”¹⁴.

¹⁰ Esta aseveración no se opone del todo al análisis de Di Tella, o aun al de Weffort, quienes reconocieron la existencia de una relación recíproca entre el líder y sus seguidores en la cual las masas sintieron los primeros anhelos de una democracia auténtica.

¹¹ Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52* (Chicago, University of Illinois Press, 1978), pp. 1-13.

¹² Laclau, “Hacia una teoría del populismo”, pp. 176-177. Refiriéndose al caso del nazismo, argumenta que “El capital monopolista no podía imponer su hegemonía en el marco del sistema institucional existente (Inglaterra/Francia), ni tomar como base al ejército (controlado por Junkers feudales). La solución única fue incitar a las masas a desarrollar el antagonismo propio de las interpelaciones populares, pero articulado de forma tal que cualquier orientación revolucionaria se viese impedida. El nazismo se constituyó en una experiencia popular que, como cualquier populismo de las clases dominantes, tuvo que apelar a una serie de distorsiones ideológicas tales como el racismo para evitar que el potencial revolucionario fuese reorientado hacia sus verdaderos objetivos”.

¹³ “Vemos entonces por qué es posible calificar simultáneamente a Hitler, Mao y Perón de populistas. No se debe a que la base social de sus movimientos fuese similar, ni a que sus ideologías expresaran los mismos intereses de clase; se debe a que las interpelaciones populares aparecen en sus discursos ideológicos como antagonismos, no como simples diferencias. La

oposición a la ideología dominante puede presentar matices más o menos radicales; por lo tanto, el antagonismo se articula al discurso propio de las clases más divergentes, estando presente en cualquier caso. Esta presencia es la que percibimos intuitivamente como el elemento populista específico presente en la ideología de estos tres movimientos”; *Ibid.*, pp. 176-177.

¹⁴ Robert Dix, “Populism: Authoritarian and Democratic”, *Latin American Research Review*, XX, 2 (1985). Aunque aplica un rigor teórico menos estricto que el utilizado por Laclau, Dix emplea una presentación más concreta y práctica, característica de los análisis recientes, para explicar el populismo. Muchos de los primeros estudios sobre el tema sufrían de excesiva argumentación teórica basada en una escasa investigación empírica.

Mientras Di Tella considera que “el principal criterio para diferenciar los diversos tipos de populismo es la composición social de los elementos distintos a la clase obrera presentes en la coalición populista” -la burguesía, los militares, el clero, la clase media y los intelectuales- y “si estos grupos son aceptados o rechazados por su propia clase social”, Dix se propone “llegar más lejos que Di Tella examinando tanto la composición del liderazgo como la de la base del populismo, su ideología y programas, y su organización y estilo de liderazgo para describir más explícitamente las principales manifestaciones del populismo” en América Latina; véase Dix, “Populism”, pp. 29-32.

Dix argumenta que estas dos tendencias generales se distinguían claramente: los populistas autoritarios “tenían a incluir en el grupo -y a seguir- a personas provenientes del ejército y del clero o terratenientes...” Los populistas demócratas “se caracterizaban por incorporar como líderes y seguidores a profesionales e intelectuales provenientes de las clases media y media-baja”, se distinguían por mantener lazos más estrechos con el campesinado y por prestar mayor atención a la reforma agraria; los populistas demócratas generalmente desarrollaban estructuras organizacionales más detalladas; eran menos clientelistas, consistentemente anti-extranjeros -en especial en lo concerniente a asuntos económicos- y elaboraban programas e ideologías más definidos. Los populistas demócratas han “demostrado su predilección por la democracia tanto de palabra como de hecho”. Los populistas autoritarios, por el contrario, demostraron ser “demócratas renuentes y temporales” que se veían “obligados por las circunstancias, a emplear técnicas de movilización masiva”, manteniendo, sin embargo, “una preferencia profundamente arraigada por los estilos y procedimientos autoritarios”¹⁵.

Aunque la mayoría de los movimientos se inclinaba hacia uno u otro lado del *continuum* populista, las dos tendencias podían -y generalmente lograban- coexistir en el interior de un mismo movimiento. Las investigaciones “desde abajo” llevadas a cabo recientemente identifican esta naturaleza dual del populismo a la vez que destacan la participación más amplia y activa de las masas en este tipo de movimiento; al reinterpretar los arquetípicos movimientos populistas de Argentina y Brasil, los historiadores han reconocido la presencia de pugnas continuas entre las masas populares y sus líderes.

¹⁵ Robert Dix, “Populism”, pp. 45-49.

¹⁶ Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988), pp. 1-2. James no ofrece una “teoría omnimoda del populismo”, y quizás evita el problema de la movilización pluriclasista; sin embargo, su acercamiento libera al populismo argentino de algunos lastres. En interpretaciones anteriores, “La clase obrera está presente... pero se trata de una presencia en cierto modo irreal. La clase obrera figura generalmente como un ente abstracto, prácticamente como un constructo ideal al servicio de diversos paradigmas ideológicos”. En Gino Germani “encontramos a las pasivas y manipuladas masas urbanas, que resultan de un proceso incompleto de modernización”. Y los marxistas latinoamericanos “nos presentan a los proletarios carentes de experiencia, incapaces de darse cuenta de sus verdaderos intereses de clase, dominados por la ideología burguesa y controlados y manipulados por políticos demagogos y por una burocracia sindical despiadada... Tras estos paradigmas se esconden una serie de antinomias que predominan en el debate sobre el populismo” (tradicional/moderno; cooptación/autonomía; conciencia falsa/conciencia de clase; resistencia/integración).

Pero la “teoría académica” aún tiene que “aproximarse adecuadamente a la complejidad de la experiencia de la clase obrera”. James está interesado en la jerarquía del sindicalismo peronista y su relación con la base, así como en el impacto

En su análisis de la interacción entre la clase obrera argentina y el peronismo, entre 1955 y 1973, Daniel James concluye que aunque los sindicatos peronistas tenían injerencia en el control y movilización de los obreros, no se trataba de un simple caso de manipulación populista de las masas. El estudio de James se refiere a “la relación existente entre el peronismo y la clase obrera argentina y el significado de dicha relación para los obreros en general, y para las agremiaciones sindicales en particular”. La aproximación al problema “se ha llevado a cabo desde la perspectiva que proporcionan las nociones más generalizadas acerca del populismo”:

Por esto, la atípica participación de la clase obrera en el peronismo ha sido puesta de relieve y tratada prácticamente como un acertijo histórico que debe ser explicado, por lo general, en términos de conceptos tales como manipulación, pasividad, cooptación y ocasionalmente, incluso como una manifestación irracional.

Desde el “punto de vista del historiador”, James argumenta que parte del problema de las interpretaciones pasadas ha sido “el nivel de abstracción..., los cuestionamientos concretos y las excepciones que resultan del macroanálisis no se han podido resolver en ese mismo marco”. Por tanto, Daniel James se propone “explorar la experiencia histórica” de la clase obrera argentina¹⁶. James argumenta que, mientras el peronismo estaba integrado a las estructuras económicas y políticas de la Argentina, los obreros peronistas mantenían desafiantes sus concepto de justicia social e imponían insistentemente sus exigencias a los líderes del país¹⁷.

que esta relación produjo en la clase obrera. Piensa que “una perspectiva desde la base es esencial...” James, *Resistance and Integration*, pp. 2-3.

¹⁷ James se refiere claramente a la doble personalidad del populismo, a la que denomina “la díada resistencia/integración”. Muchos líderes sindicales fueron cooptados: “indudablemente cumplieron el rol de reguladores del conflicto social -fueron los ‘administradores del descontento’”. Sin embargo, el autor advierte que no se debe ser demasiado crédulo al aceptar la “aparente realidad de la incorporación sindical y la colaboración del liderazgo [sindical]”. James argumenta que en vez “de resaltar el grado de incorporación, nos beneficiaría más insistir en sus límites”. A fin de cuentas, los “administradores del descontento” también podían ser los “organizadores del descontento”. Siempre hubo una “línea divisoria muy delgada... entre integración y oposición”. El proceso debe ser entendido en el contexto de “las opciones y limitaciones ofrecidas a la clase obrera organizada”. James muestra que “aun ante el fraude creciente del liderazgo, una proporción nada insignificante de sindicalistas participó en el proceso electoral”, debido a que “reconocieron que aun si la burocratización del sindicato podía representar la ‘santificación de la inercia’ implícita en la consolidación del liderazgo sindical peronista, los sindicatos representaban -en palabras de Sartre- ‘un esqueleto abstracto de la clase unida... una invitación permanente a la unidad’”. James, *Resistance and Integration*, pp. 249-260.

John French refuta la largamente sostenida interpretación del populismo brasileño como ejercicio de desmovilización. Al analizar las relaciones existentes entre los obreros de la industria, los líderes sindicales y políticos populistas como Getúlio Vargas, en la primera mitad del siglo veinte en el área de São Paulo denominada ABC, French demuestra que los obreros podían defender vigorosamente sus intereses¹⁸. En cambio de "utilizar nociones como la de cooptación", French analiza detenidamente la alianza de clases existente entre obreros y políticos populistas y reconoce que "cada parte juega un papel -aunque desigual- al establecer los términos de la negociación y que ninguna de ellas logra satisfacer todas sus exigencias"¹⁹. Aunque el populismo brasileño truncó el radicalismo del movimiento obrero, el getulismo no fue meramente un "instrumento capitalista". El sistema político que se desarrolló en el Brasil en la década de los años 40 "significó tanto una derrota como una victoria para los obreros"²⁰. Sin embargo, French destaca que el ingreso de los obreros y de otros miembros de las clases populares al sistema político brasileño produjo una apertura dramática hacia una mayor participación democrática.

En Colombia, el gaitanismo representó un surgimiento significativo de la participación popular en la vida política de la nación. Sin embargo, aún se discute su carácter de movilización. Mientras que muchos de los gaitanistas creían que su movimiento constituía una seria amenaza para las estructuras de poder, los detractores a la izquierda del gaitanismo han sostenido durante largo tiempo que el movimiento liderado por Gaitán nunca representó una amenaza real para el *status quo*. Estudios de importancia continúan subrayando el persistente dominio que ejerce la élite colombiana

sobre los partidos liberal y conservador y la consecuente debilidad de los movimientos con "conciencia de clase". No sorprende que muchas de las críticas históricas prevalecientes que se hacen al gaitanismo siguen el mismo patrón desde la década de los años 60 y continúan negando que haya ocurrido una movilización genuinamente popular bajo el liderazgo de Gaitán.

La mayoría de los estudios acerca del gaitanismo concentran su atención en la vida y las ideas de Gaitán, o en los días turbulentos que siguieron a su asesinato en 1948, acontecimientos que en parte dispararon el periodo de conflicto armado conocido como "la Violencia," que se inició en 1946 y se prolongó hasta 1965²¹. Otros trabajos, que se refieren tangencialmente al gaitanismo, describen el movimiento como una ligera variación del curso del bipartidismo colombiano. La mayoría de estos estudios comparte una perspectiva "desde arriba": examinan a Gaitán y al gaitanismo desde el marco tradicional de los estudios sobre liderazgo²².

Al poner de relieve los elementos de la resistencia popular, así como la integración en el interior del populismo latinoamericano, se genera igualmente una interpretación diferente del gaitanismo. Gaitán tenía su agenda y ambiciones propias, e incluso se puede argumentar que representaba los intereses de algunos sectores de la "oligarquía". Pero también asumió las aspiraciones de muchos colombianos que tradicionalmente se ubicaban en la periferia del poder, y nunca estuvo libre de las presiones que éstas le imponían. Además, al entender los obstáculos que enfrentó la movilización popular en Colombia se comprenden las razones que llevaron a muchos colombianos a movilizarse como gaitanistas, manteniéndose en la

¹⁸ John French, *The Brazilian Workers' ABC: Class Conflict and Alliances in Modern São Paulo* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1992). Aunque el trabajo de French se desarrolla en el área de la "historia laboral", el autor lo considera pertinente al debate acerca de los elementos pluriclasistas del populismo.

En su obra *Working Women, Working Men: São Paulo and the Rise of Brazil's Industrial Working Class, 1900-1955*, (Durham, Duke University Press, 1993), Joel Wolfe sigue la idea de Daniel James, e incluso va más lejos al evitar por completo el atolladero que rodea "las nociones de populismo". Justifica esto, suponemos, al razonablemente subrayar los esfuerzos de movilización de la clase obrera a nivel de las bases. Su crítica desde la perspectiva de la "historia laboral" a las interpretaciones tradicionales del populismo -crítica que se demuestra en la omisión que él hace de dichas interpretaciones- es efectiva, ya que le permite concentrarse completamente en el análisis de la clase obrera. Sin embargo, este acercamiento no sería muy útil para el estudio de otras situaciones, específicamente la de Colombia.

¹⁹ French, *The Brazilian Workers' ABC*, p. 268.

²⁰ *Ibid.*, p. 273. French también indica la naturaleza dual del populismo al comentar que "no hubo uno sino muchos populismos", p. 282.

²¹ Los estudios más importantes sobre Gaitán y su movimiento son: J. Cordell Robinson, *El movimiento gaitanista en Colombia* (Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1976); Richard Shar-

pless, *Gaitán of Colombia: A Political Biography* (Pittsburgh, The University of Pittsburgh Press, 1978); Gonzalo Sánchez G., *Los días de la revolución: Gaitanismo y 9 de abril en provincia* (Bogotá, Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1983); Herbert Braun, *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia* (Madison, The University of Wisconsin Press, 1985); Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia, 1930-1954*, 2 vols. (Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1987).

²² En esta categoría general pueden incluirse: Charles Bergquist, *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia* (Stanford, Stanford University Press, 1986), pp. 274-375; Christopher Abel, *Política, iglesia y partidos en Colombia* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987); Muricio Archila Neira, *Cultura e identidad obrera: Colombia, 1910-1945* (Bogotá, CINEP, 1991); Mario Aguilera Peña y Renán Vega Cantor, *Ideal democrático y revuelta popular: Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948* (Bogotá, Instituto María Cano, 1991); Christopher Abel y Marco Palacios "Colombia, 1930-58", en Leslie Bethell, compilador, *The Cambridge History of Latin America*, vol. VIII (Cambridge, Cambridge University Press, 1991), pp. 587-627; Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial: industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, 1992); David Bushnell, *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself* (Berkeley, University of California Press, 1993).

órbita del sistema partidista tradicional. Las duraderas relaciones del gaitanismo con el liberalismo colombiano han llevado a muchos expertos a concluir que éste no fue un movimiento realmente popular. Sin embargo, al tomar en consideración la composición social del gaitanismo, su ideología popular y la forma en que el movimiento afectó las estructuras de poder en la sociedad colombiana, el gaitanismo se revela como un movimiento masivo de movilización radical popular. Visto desde esta perspectiva, el gaitanismo se aparta del tipo de movilizaciones controladas que frecuentemente se asocian con el populismo²³.

Con una configuración pluriclasista, el gaitanismo incluía a capitalistas, comerciantes, profesionales, miembros de la élite política e incluso propietarios de minifundios rurales y campesinos sin tierras. Pero su fortaleza particular residía en los obreros de la urbe y la industria, sindicalizados o no. Como ejemplo de una alianza entre clases, el gaitanismo no corresponde a la visión dualista de lucha entre el capital y la clase trabajadora que buscaría una interpretación marxista más ortodoxa²⁴. Las “predestinadas a la derrota” clases intermedias colombianas mantuvieron una fuerza considerable durante este periodo, mientras que la “clase trabajadora” era pequeña y estaba apenas en proceso de formación. Esta observación, sin embargo, no se debe convertir en razón para eliminar de la teoría la presencia de elementos propios de una embrionaria lucha de clases con matices dualistas. La mezcla de estratos sociales presente en el gaitanismo no impidió la presencia de una serie de intereses sociales cohesivos: las necesidades y exigencias de los obreros y de los sectores intermedios resultaron ser similares en la

práctica y las barreras existentes entre el obrero, el artesano, el empleado de cuello blanco y el pequeño propietario eran bastante ilusorias. De hecho, los gaitanistas generalmente concebían a la “clase obrera” y a la “clase media” como estratos intrínsecamente relacionados entre sí. El propio Gaitán utilizaba el dualismo más elástico e incluyente de “país político” - para referirse a la “nación política”- y “país nacional” -al hablar de la “verdadera” nación. Los gaitanistas también utilizaron terminología común a la mayoría de los movimientos populistas en América Latina para movilizar al pueblo contra la oligarquía²⁵.

Para entender la ideología gaitanista, tanto la oficial como la popular, hay que partir del radicalismo inherente a la tradición del ala izquierdista del partido liberal que produjo la *mentalité* gaitanista. Los reformistas liberales de los años 30 y los gaitanistas de los años 40 retomaron el concepto de “socialismo de Estado” del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe, dando a sus ideas un giro propio. Al tomar como base la tradición de la izquierda liberal, Gaitán se convirtió en símbolo de la democracia y de la justicia social que se lograría con la intervención estatal. Los gaitanistas buscaron crear una “verdadera democracia” reconociendo con cautela al Estado existente. Gaitán expresó la tensión existente sin proclamar abiertamente un cambio en las relaciones capitalistas de producción; representó el deseo de los gaitanistas de efectuar un cambio real y ayudó a aliviar las frustraciones y esperanzas truncadas heredadas de los primeros gobiernos liberales (1930-1946)²⁶.

Finalmente, al poner de relieve los elementos de movilización popular en el interior del gaitanismo, se revelan las luchas políticas libradas por los gaitanistas

²³ La evidencia que sustenta el contenido de los párrafos siguientes se encuentra en: W. John Green, *Popular Mobilization in Colombia: The Social Composition, Ideology, and Political Practice of Gaitanismo on the Atlantic Coast and Magdalena River, 1928-1948* (tesis de Ph.D., The University of Texas, Austin, 1994).

²⁴ El propio Marx dio numerosos ejemplos de análisis, tales como *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en el que examinó cuidadosamente las confusas situaciones de conflicto y alianza entre clases sociales. En última instancia, la suya también fue una perspectiva dualista.

²⁵ Uno de los motivos que han causado una amplia variedad de interpretaciones del gaitanismo es el hecho de que tanto propietarios como asalariados pertenecían al movimiento. Éste ha sido, desde hace tiempo, uno de los problemas centrales de la interpretación del populismo; pero la convergencia de intereses de estos grupos no ha sido ignorada: Ernesto Laclau une el concepto de “pueblo” al de “una contradicción específica”, la contradicción “pueblo”/bloque de poder, “cuya comprensión depende no de las relaciones de producción, sino del complejo de las relaciones de dominación ideológicas y políticas”. Laclau pone de relieve “la relativa continuidad de las tradiciones populares”, e identifica numerosos ejemplos de lucha popular contra la opresión. El espíritu de la “lucha de clases” proviene de esta tradición (Laclau, “Hacia una teoría del populismo”). Daniel James comenta que “La retórica formal del peronismo no veía a la sociedad primordialmente en términos de clase... la división social crítica ocurría entre ‘el pueblo’ y ‘la oligar-

quía”. Los críticos argumentan que esta situación representaba “un potencial no clasista, apropiado para un movimiento liderado por sectores disidentes de la élite que funcionaban primordialmente como un canal para integrar las emergentes masas urbanas a la creciente comunidad organizada, sin alterar fundamentalmente las relaciones de clase de dicha comunidad”. James añade que “estas nociones coexistían y se interrelacionaban con elementos que dificultaban enormemente la consolidación de una hegemonía ideológica capital...” En última instancia, James arguye que “desde el comienzo de la experiencia peronista existió la tendencia a que ‘el pueblo’ se convirtiese en ‘el pueblo trabajador’”, en *Resistance and Integration*, p. 261.

²⁶ Nuevamente, el estudio de Daniel James sobre Argentina deja una sensación de *dejá-vu* en relación con el caso colombiano. En términos de ideología, “los elementos del discurso peronista se tomaron por su valor aparente, como unívocos y exactos: nacionalismo, armonía de clase, estado paternalista, rol del líder”. En el proceso se omitieron posibles significados distintos: mientras algunos elementos de la ideología peronista “sirvieron para asegurar la reproducción de las relaciones sociales capitalistas dominantes”, también podían negar explícitamente “los valores y necesidades capitalistas, permitiendo una lectura alterna de la realidad”. El peronismo podía expresar tensiones y presunciones implícitas en lo social: “la creencia en un estado, en última instancia ‘bueno y benefactor’, en el que existiera la justicia social, no impedía reconocer el carácter opresivo del estado existente”; en James, *Resistance and Integration*, pp. 260-261.

contra los mecanismos de poder oligárquicos. En el proceso se evidencian numerosas situaciones complicadas. Las reformas estatales llevadas a cabo por los liberales afectaron la lucha de clases, al haber sido tanto agentes de control social como instrumentos de lograr poder para la clase obrera. La cultura política tradicional -basada en una política de jefaturas y que empleaba una relación clientelista de tipo protección/dependencia- se vio confrontada abiertamente en las áreas urbanas por las masas que recientemente habían adquirido el derecho al voto. Las mujeres, que aún no habían obtenido este derecho civil, participaron en política, como gaitanistas, en forma nunca antes vista. Las pugnas entre los partidos de izquierda enfrentaron un movimiento nacionalista, “producto de la tierra”, contra el internacionalista partido comunista, que calificó al primero de “fascista”²⁷. En el interior del partido liberal se presentaron intensos enfrentamientos entre conceptos acerca de la naturaleza verdadera de la misión del partido. También hay que recordar que el contexto general en el que se desarrolló el gaitanismo fue el de los denominados “odios hereditarios” -la obligación impuesta desde la cuna hasta la tumba de ser fiel, bien al partido liberal o al conservador²⁸. La medida en que la lealtad popular a los partidos tradicionales fue superada o no, explica en parte la conexión existente entre el gaitanismo y la desarticulada “Violencia”.

Algunas características del populismo colombiano lo distinguen, sin embargo, de los otros movimientos populistas en América Latina: a consecuencia del asesinato de Gaitán, el gaitanismo no gozó del poder político nacional. Y mientras que la mayoría de los otros movimientos populistas fueron urbanos (con las notables excepciones del “Acción Democrática” venezolano y el “Cardenismo” mexicano), el gaitanismo encarnó un importante componente del movimiento rural UNIR de los años 30²⁹.

No es sorprendente que, al tomar en cuenta las nuevas corrientes interpretativas del populismo latino-

americano, el gaitanismo se presentase como un desafío radical a las relaciones políticas y económicas vigentes en la sociedad colombiana. Sin ser un equivalente de la clase obrera, “el pueblo” fue fuertemente influenciado por ella, encontrándose a sí mismo en constante pugna con los “dueños” del poder económico y político. Desde finales de la década de los años 20 hasta finales de los años 40, Colombia fue testigo del inconfundible interés popular (y de la agitación) para incrementar los derechos democráticos y lograr un mayor control de las instituciones por parte del pueblo.

A su vez, este movimiento se relacionaba muy de cerca con exigencias ampliamente difundidas de justicia social y económica. Las ideas de democracia y justicia social estaban intrínsecamente relacionadas entre sí en la mente de las masas productivas, el pueblo de Gaitán. Esgrimiendo estos principios, el gaitanismo desafió abiertamente la práctica oligárquica de la política colombiana. Por último, debemos recordar que Gaitán fue el catalizador y no la causa de la movilización; al destacar al pueblo más que al caudillo se pone de relieve la continuidad de base existente entre los periodos “radical” (1928-1935) y “populista” (1944-1948) y se reflejan las corrientes de movilización política popular que permearon la historia de Colombia durante esos años, de las cuales el gaitanismo es, simplemente, el ejemplo más dramático.

Para concluir, es preciso insistir en que el populismo latinoamericano fue algo más que un simple medio de control social de masas: el populismo representó, con frecuencia, una movilización popular autónoma. Las élites que detentaban el poder tenían la esperanza de controlar las masas recién movilizadas; sin embargo, el “populismo autoritario” resultó ser definitivamente permeable. Las “clases dominadas” lograron aumentar la posibilidad de movilización popular desde 1930 a un grado tal que, treinta años después, sobrevinieron los gobierno represivos y la desmovilización en toda América Latina. Pero esa es otra historia. ○

²⁷ En la superficie, las movilizaciones populistas latinoamericanas de las décadas de 1930 y 1940 se asemejan a los movimientos sociales y políticos contemporáneos ocurridos en otras regiones, movimientos generalmente considerados como “fascistas”. Ambos fenómenos se caracterizan por tener un líder personalista y carismático que apela emotivamente, con nociones de “espíritu nacional”, bien a la “masa” o a un grupo de seguidores pluriclasista que, sin embargo, se mantiene firmemente anclado a la burguesía. Tanto el populismo como el fascismo surgieron durante las crisis económicas mundiales resultantes de la Primera Guerra Mundial y de la Gran Depresión, y a ambos movimientos se les denomina con los rótulos contradictorios de “revolucionario” y “contrarrevolucionario”. Estas semejanzas se vieron reforzadas por la tendencia común de la izquierda organizada latinoamericana a caracterizar a los populistas como fascistas.

²⁸ Robert H. Dix atribuye la expresión a Miguel Antonio Caro en su obra *Colombia: The Political Dimensions of Change* (New Haven, Yale University Press, 1967), p. 211.

²⁹ Mi investigación subraya las dimensiones regionales del gaitanismo, específicamente en el valle del Río Magdalena y

la costa Caribe, en especial en las ciudades de Barranquilla, Cartagena y Santa Marta. Junto con Bogotá, la costa norte y el valle del Magdalena fueron regiones en las que el gaitanismo recibió mayor apoyo. Como centro de la región del Magdalena, Barranquilla fue testigo de una de las más tenaces actividades sindicales en Colombia durante ese periodo y aún hoy sigue siendo un foco de política populista. Sin embargo, dadas las características unificadoras del gaitanismo, esta investigación no constituye un estudio regional *per se*: se trata de la historia social de un movimiento político de alcance nacional en una región particular. El gaitanismo fue uno de los primeros movimientos unificadores en la historia de Colombia -exceptuando el bipartidismo tradicional- y se caracterizó por ser más “nacional” en cuanto a distribución geográfica que cualquier otro movimiento político alternativo previo. Las diferencias culturales y regionales en Colombia son innegables y han dado lugar a una amplia variedad de experiencias históricas. Es interesante notar el carácter unitario y coherente del gaitanismo en todo el país, tanto en las ciudades como en diversas áreas rurales (aunque su alcance en el área rural fue un poco más predecible, por ejemplo, en regiones en las que habitaba un menor número de minifundistas).